

=====

XII Asamblea General
de la A. J. M. en Burlada
8 agosto 1939

=====

=====

HORA SANTA

=====

=====

para uso privado
de la A. J. M.

=====

¡Quédate, Señor!

=====

SUPLEMENTO
DE
"LILIUM INTER SPINAS,,

XII Asamblea General
de la A. J. M. en Burlada

8 agosto 1939

HORA SANTA

para uso privado
de la A. J. M.

¡Quédate, Señor!

SUPLEMENTO
DE
"LILIUM INTER SPINAS,,

Mas yo dormiré en paz y descansaré.

(Salmo 4, 9)

SÍ, dulcísimo Maestro, en paz a tu lado dormiré y descansaré. Pero mi descanso no es para dormir olvidada de Ti; es sueño en el que no se interrumpe el amor del corazón; es descanso en el que el alma vive en intensa actividad y en dulcísima contemplación; éste es el sueño y el descanso que quiero, Señor, a tu lado en esta piadosa Hora Santa.

Dame, ¡oh dulce Jesús! El reposo interior; duerman las pasiones, duerman las preocupaciones, duerman los cuidados de la vida, duerman los sentidos en el silencio y en la quietud de una paz sobrenatural; descanse en mí todo, todo tenga reposo y tranquilidad

a tu lado; sólo mi espíritu, desprendido de la tierra, y hasta de mi mismo cuerpo, vuela recogido hacia Ti; y mi corazón, sin desorden de afectos inconvenientes, en calma, como la barca en tranquilas aguas, mecida suavemente por el soplo del divino Espíritu y los impulsos de un amor puro y delicado, velará en Hora Santa de Getsemaní, ahí, a tu lado y contigo.

¡Oh dulce y soberano Maestro Jesús!! Dame una hora de paz y descanso interior, para vivir, sin estorbos de aquí abajo, en actividad divina, en tu acatamiento.

Levántame hacia Ti; arráncame de la tierra, haz noche en mí, para que en sus sombras duerman las cosas y los cuidados de ellas; llévame a Getsemaní solitario, y a la luz de tus rayos divinos, viva yo como Moisés en el Sinaí, como Juan en el Tabor, como Margarita en la penumbra de la lámpara junto al Sagrario.

¡Getsemaní, santuario de oración del Maestro! ¡Hablad, oh vetustos olivos, a cuya sombra recostado habló Él con su Padre en altísima contemplación; decidnos lo que pasó durante la última y trágica noche en esta misteriosa soledad!

(Pausa).

I

Ven, hermanita amada; entremos en el Huerto. Acércate, no temas; ya no va a decirte el Maestro divino «que está triste», aun cuando le sobran motivos para sentirse abatido hasta la muerte.

Pasó victorioso el primero y más terrible combate; se ha calmado la tempestad; el huracán furioso, desencadenado por el enemigo contra el alma santísima de Jesús, ha cesado; las angustias y tedios, los escalofríos y temblores, los hastíos, agonías y sudores sangrientos de

muerte se han disipado; el ángel confortador ahuyenta a Luzbel, y la serenidad y la paz, con la fortaleza y la generosidad, reinan en el Corazón de Jesús.

Acércate, hermanita, mírale ahora sentado al arrimo de un olivo; aún respira con fatiga; su Corazón vuelve lentamente a su calma habitual; con el sudario o con el borde de su manto recoge las últimas gotas del sudor de sangre, que todavía brillan en su frente divina...

Su mirada dulce y amorosa se posa en los amigos que a su lado duermen; para ellos son sus primeras palabras; escúchalas amada hermanita.

«*Dormite jam et requiescite*» (Mat. XXVI). Dormid ya y descansad... Como si quisiera decirles: «Lo que de vosotros esperaba (y para eso os invité a venir a este Huerto), me lo ha remediado con ventaja mi Padre Eterno, enviándome un ángel confortador, el cual ha disipado todas mis

angustias y tristezas de muerte; podéis, pues, seguir descansando, hasta que llegue el momento de entregarme; dormid ya... seguros»,

Veamos, a través de estas palabras, hasta qué extremo llega la amabilidad y condescendencia del divino Maestro.

En efecto: revelando amarguísimas tristezas al entrar en el Huerto, habíales suplicado con gran insistencia: *permaneced aquí conmigo en vela y oración*, y ellos trataron de hacerlo; pero... ¡pobre fragilidad humana!, fracasó su buen deseo y se durmieron. Cuando al cabo de una hora, creciendo los torrentes de su alma, volvió Jesús en demanda de auxilio y consuelo, los halló dormidos. Insistió con vehemencia: «*velad y orad*» les dijo. Y oró Él en su soledad. Y creciendo sus terribles angustias, tornó al lado de ms amigos, y... ¡oh desconsuelo! otra vez dormían insensibles.

Dejólos en paz (era inútil toda recomendación) y volvió el agonizante Jesús a redoblar su oración: «*Padre, si es posible...*» ¡Momento terrible! Ni el cielo ni la tierra atendían al Señor. ¡Oh! en su abandono, el corazón ha estallado de dolor, y con violentísima sacudida, hace manar por todos sus poros copioso sudor de sangre..., y ellos... sus amigos... siguen dormidos tranquilamente... Se prolonga la oración: «*Padre mío*»... «*Pater mi*»...

La oración omnipotente por fin traspasa los cielos, y un ángel, en nombre del Padre, disipa aquellas tinieblas, calma la tempestad y lleva confortadora serenidad al Corazón de Jesús.

¡Ahora todo ha cambiado! Jesús vuelve a sus amigos. Pero ya no pide auxilio; no lo necesita de ellos. Ahora es Él el que viene a prestar auxilio y consuelo a los amedrentados discípulos: «Dormid ya, les dice, y descansad, que aquí me quedo yo a

vuestro lado, cuidándoos como vigilante Pastor».

Aquel Hombre-Dios, que, momentos antes, se sentía débil y cobarde, hasta el extremo de solicitar el arrimo bienhechor de sus amigos; ahora, trocado en esforzado atleta, sereno, sobreponiéndose a los tormentos que se le avecinan, espera tranquilo la hora de ser sacrificado, y, eentre tanto, no olvida su divino oficio de vigilantísimo Pastor, que vela sobre las amadas ovejas de su rebaño.

¡Afortunadas ovejitas! ¡dormid y descansad sin temor; aquí a vuestro lado vela atento vuestro amado Pastor!

¡Oh Jesús! ¡qué pronto olvidais la frialdad y olvido con que ellos han respondido a vuestros apremiantes requerimientos! Las palabras del Cenáculo: *Padre he guardado a los que me diste, quereis seguir cumpliéndolas hasta el fin.*

«El amor no es egoísta», dirá un día vuestro gran Apóstol y lo probáis Vos con sublime ejemplo. Ya casi os olvidáis de vuestra propia suerte, para no cuidaros más que de la de vuestros hijitos; y lo hacéis tan bien, que ellos no se preocupan de la suya. Bien os conocen; estando Vos a su lado. convertido en una tierna Madre, ¿qué faltar...? Muy tranquilo está el niño, cuando a su lado su madre mece la cuna.

A la intemperie, en campo solitario y en noche cerrada y oscura *duermen* los discípulos, porque a su lado guarda su sueño el amado Maestro y Buen Pastor... ¡Oh amor infinito de un Dios-Hombre! (*Pausa*).

II

¡Sagrario-Getsemaní! Ahí está, hermanita esposa, míralo: «*Dominus est*», Él es; en el solitario Getsemaní del Sagrario se renuevan místicamente estas escenas misteriosas,

Ahí está; hastiado unas veces y abrumado otras con el peso de las ingraticudes humanas; asqueado y fastidiado por tantas almas que se acercan a Él cubiertas con la repugnante lepra de la sensualidad; triste por lo infructuoso de sus sacrificios y por la perdición de tantas almas; temblando ante la constante amenaza de la justicia divina, provocada por las iniquidades de los pecadores; ofreciendo para aplacarla el sacrificio incruento de su Sangre, que, a torrentes, corre por la mesa de los altares, y rogando al Padre con oración de Getsemaní, para que si es posible, pase de

una vez, para siempre el cáliz tan amargo de sus agonías.

¡Ahí está! ¡Míralo, hermanita, Él es, Jesús del Sagrario-Getsemaní!

Bien hacen las almas reparadoras en acompañar sus soledades sombrías en vela fervorosa y amante de desagravio y en amor de sacrificio.

¡Oh, sí, es verdad! Aspecto tétrico y doloroso de un Getsemaní, tiene, por desgracia, muchísimas veces el sombrío Sagrario de nuestros templos... ¡Cuánto ha sufrido el Corazón divino, cuando sobre Él ha gravitado el peso de tan espantosas agonías! ¡Y cuánto le habrán aliviado las continuas y fervorosas reparaciones con que las almas amantes le acompañaron entonces!

Pero también tiene Jesús momentos apacibles en la dulce soledad de esos Sagrarios...

Confortado por el ángel de Getsemaní, por otros miles que le escoltan

vigilantes cerca de su Prisión de Amor, donde tampoco faltan purísimos ángeles, en carne humana, su Corazón amoroso ha de sentir suaves emociones de paz y de amor.

Sobreponiéndose a las negras ingratitudes y abandonos culpables de almas ruines e insensibles, Jesús, ahí, en la Hostia, humilde, dulce y sereno, reposa y espera y, como Buen Pastor, vela las vigili­as de su rebaño, que pace y duerme tranquilo al arrimo de su cayado.

¡Oh, qué interesante y tierno es este oficio de Jesús en la soledad del Sagrario! «*Yo soy el Buen Pastor*» dice allí como lo dijo en las montañas de Judea. Y ¡qué bueno es, en efecto! ¡con qué solicitud cuida de sus ovejas! Su única preocupación, su *vida toda...* son sus ovejas; por ellas mira, a ellas atiende, las guía, las apacienta, las defiende. *El Buen Pastor da la vida por sus ovejas*; por ellas da Jesús su vida; por ellas la dio y sigue dándola por cada una de ellas.

«*Yo conozco las mías...*» ¡Oh, sí!
¡bien las conoces, Señor!; las conoces una por una y por su nombre; las que están aquí, cerca de Ti, y las que huyen de tu aprisco; conoces sus obras, conoces sus intenciones, sus fragilidades, sus debilidades, sus caídas, sus heridas, sus miserias y sus graves necesidades...

«*Y las mías me conocen...*» ¡Oh, si todas fuesen tuyas y te conociesen! Las que te conocen son tuyas, y las tuyas te conocen; y por que te conocen están contigo, te siguen con fidelidad... ¿Quién, conociéndote, no te seguirá? Si alguien no te sigue, es porque no te conoce, pues conocer te y no seguirte es imposible.

¡Oh Jesús! Si los Sagrarios están solitarios, es porque ignoran el misterio de tu divina presencia. ¡Señor, Tú sigues solo aquí como en Getsemaní, porque los que no te conocen andan lejos y ¡ay! los que te conocen... muchos duermen! De tu misma

seguridad abusan, como aquellos tres discípulos del Huerto, para regalarse en su comodidad egoísta a tu sombra; y tú, Jesús, tan bueno eres, que, para regalarlos mejor, meces su cuna sentado a su cabecera. ¡Señor! ¿estás loco?... ¡¡Y todavía dudamos de tu Amor...!! (*Pausa*).

Estamos en calma; ha terminado una guerra cruel e inhumana; ha vuelto la serenidad para Ti y para nosotros tu Corazón y tu místico Cuerpo la Iglesia han pasado terribles angustias de muerte; Getsemaní y Calvario sangriento a la vez ha sido para Ti y para nosotros esta persecución cruenta y dolorosa. Tu Huerto santo, tu amada España, ha quedado empapada en sangre de agonías y de martirios crueles...

Hoy, a las horas de tedio, de espanto y de abandonos, con que la justicia de tu Padre nos ha probado, ha sucedido la paz y la serenidad. El ángel de la Patria ha confortado nuestros pobres corazones.

y Tú, Señor, el más probado y perseguido y odiado de todos, Tú, después de un espantoso Getsemaní y Calvario, vuelves... enjugando las lágrimas y secando con el borde de tu manto de grana la sangre de los mártires que ha caído tu rostro divino y en la herida de tu Corazón; vuelves, llamando con silbidos de Pastor amante a las ovejas que la tempestad dispersó...; vuelves al lado de los tuyos, para decirles con ternura infinita: «*Dormite jam*». «Dormid y descansad». No temáis ya; ha cesado la tempestad; a vuestro lado estoy, y recostado junto a un viejo olivo, junto a los muros descarnados de una iglesia profanada, en un altar desmantelado, en un Sagrario profanado..., estoy ya con vosotras, mis amadas ovejas; «*Dormite jam*». Venid, venid, ovejitas mías, venid a mi lado, y a la sombra de mi cayado no hayáis miedo; tranquilizaos, respirad y descansad... «*Ecce ego vobiscum sum...*», ya estoy otra vez con vosotras...»

¡Oh Jesús! «*Mane nobiscum...*» Sí, sin Ti, la soledad en la vida es triste y sombría. «*Quédate con nosotros...*» Los pueblos sin Ti se convierten en recuas de esclavos sin libertad, sin paz y sin vida; las almas sin Ti son miserables huérfanos a merced de explotadores sin piedad. «*Quédate, Señor, con nosotros*», que la tempestad, alejada ya de nosotros, todavía ¡oh sí! todavía deja oír sus bramidos de huracán lejano, que no acaba de calmarse. «*Quédate, Jesús...*», que no vuelva para tus ovejitas una noche tan oscura y una tempestad tan violenta como la pasada... ¡*Quédate, Jesús!*

III

¡Oh, hermanita! Volvamos a Getsemaní. Con ellos queda Jesús. Es Pastor que da la vida por sus ovejas; por defenderlas, ahí estará en espera del lobo

hambriento. Pudo escaparse del Huerto; pero es el Buen Pastor, y con ellas se queda; su amor es más fuerte que la muerte; cumplirá su palabra: «*Ecce ego vobiscum...*» «Mirad, que estoy con vosotros». Allí está, mírale, junto a un olivo, sereno y tranquilo, al cuidado de sus ovejitas, dispuesto a dar su vida por ellas.

¡Allí está...! y desde allí, como desde una atalaya, mira y observa, en guardia vigilante, los movimientos del enemigo.

Y ve en la otra falda, saliendo de la ciudad de Jerusalén, al que un día fue ovejita de su redil, compañero de aquellos que duermen a su lado, convertido en cabecilla de una patrulla de bandidos que vienen a prenderle... ¡Oh infeliz Judas! ¡Ovejita descarriada, que, dejando tus vellones de lana en la dehesa, te has escapado del acotado, convirtiéndote en lobo rapaz para devorar a tu Pastor!

¡Oh, hermanita! Pon atención, fíjate bien: Jesús a su derecha guarda el sueño de sus íntimos amigos, y, al mismo tiempo, allá a lo lejos, con mirada divina y quizás humana, ve la gran patrulla de gente, que, con antorchas y haces encendidos, armada de espadas y palos, por el lado del templo hacia el valle... Sigue Jesús atento, sereno y tranquilo el paso acelerado que trae; atraviesa el valle Josafat, vadea el río Cedrón... y comienza a subir la cuesta del Olivete con precaución,.. Ya se escucha el chocar de las armas, el ruido de los pasos, el murmullo bajo de las voces... Ya están a pocos pasos del amoroso Pastor, que les espera con asombrosa serenidad...

¡Oh Jesús...! «¡*Venit hora...!*» Ha llegado la hora...; en tu mano está. ¿Qué haces, Maestro divino?... ¡Señor! ¡Huye, ponte en salvo...!

¡Oh, no! Soy el Buen Pastor; con mis ovejas he de estar... Con vosotros me

quedo... por vosotros me entrego... vuestra suerte quiero seguir... ahora y hasta el fin de los siglos...» (*Pausa*).

La perspectiva del Huerto Santo es la de los Sagrarios abandonados. De allí no quiso huir; tampoco de aquí. Contempla ahí a Jesús sereno y tranquilo, al parecer acompañado, y de hecho solo, muy solo, porque los que están con Él; a su lado, duermen despreocupados; en torno suyo, oscuridad y silencio; y allí lejos, patrullas que se mueven y se agitan en oculta conspiración contra Él; con intervención muchas veces de quienes un día se sentaron a su mesa y participaron de su amistad, de su apostolado, de sus predilecciones amorosas.

¡Descuido, abandono y frialdad por parte de sus amigos, a pesar de ser ellos los escogidos para acompañarle en su perpetuo Getsemaní; y conspiración secreta y

persecución abierta por parte de sus eternos enemigos!

Y Él, el Maestro amado, sentado junto al olivo solitario del Sagrario-Getsemaní..., sereno, amante, dispuesto a entregarse, y de hecho entregándose en manos de inhumanos verdugos que le fusilan, de bandidos que le apuñalan, de profanadores que asaltan su morada y de sacrílegos que le arrojan cloacas y a las bestias.,.

¡Oh, Señor! ¿Por qué no huyes? Por qué siempre ante el mismo panorama de abandono y de culpable sueño de los unos y de conspiración y de persecución de los otros? ¿Por qué siempre esperando al traidor y entregándote cada día y momento a nuevos sacrificios, a nuevos Calvarios, a nuevos verdugos, profanadores y sacrílegos? ¿Cómo, Señor, al correr de tantos años y tantos siglos, no has abandonado ese místico Huerto de tristezas y de agonías? ¿Cómo no

has huido? ¿Por qué, Jesús de los abandonos, por qué no huyes? ¿quién y qué te detiene?

«¡Soy el buen Pastor! Mis ovejas reclaman los cuidados de su Pastor; y tanto las amo, que me es imposible abandonarlas en la selva; el Amor me detiene, las amo, y por ellas y para ellas sigo dando la vida; por su amor sigo entregándome a los lobos...!»
(Pausa).

¡Oh, qué triste y sombrío y desgarrador es el cuadro de este perpetuo Getsemaní!

¡Oh hermanita! ¿no tendría Jesús allí en el inmenso panorama de sus abandonos y persecuciones del Huerto, un pequeño oasis, un punto de cielo, una ráfaga de luz, de aliento, de esperanza, de consuelo, de amor?

¡Oh, sí!... En Betania, o acaso en el mismo Cenáculo, un grupo de almas que no duermen, que no podrán ser indiferentes,

velan en la más encendida y piadosa Hora Santa. ¡La Virgen, su Santísima Madre! ¡Imposible que ella se haya entregado al sueño en aquella triste noche! En vela está la Madre, y acompañándola están las piadosas mujeres de Jerusalén; velan todas mucho más diligentes que los discípulos de Getsemaní. Los ojos divinos de Jesús descubren, entre las sombras de aquella soledad, la dulcísima compañía de aquellas almas, que oran recogidas, llorando la ausencia y la suerte de Aquel, a quien sus almas siguen unidas tanto más fuertemente, cuanto más arrancadas se hallan de su presencia.

Suficientemente conoció Madre, y por ella las demás, el significado de aquella despedida del Hijo amado; el misterio de la Redención, desde aquella memorable noche, iba a tener su continuación en otro gran misterio de dolor y de muerte; y, si noche de agonías fue aquella para su Hijo, no pudo

dejar de serlo, para su Madre, que, dotada de sensibilidad vivísima, gustaría los muy amargos sorbos del cáliz, que Jesús bebía en el Huerto.

María, pues, triste hasta la muerte, desde su soledad debió acompañar a Jesús en sus agonías y abandonos de Getsemaní, como lo hará a su lado en las agonías y abandonos del Calvario.

¿Es que Jesús, no le diría en el último momento de su despedida, como se lo dijo en el Huerto a sus discípulos: «*velad y orad*»?

Y ¡qué bien lo cumplieron las piadosas mujeres! ¡Qué dulce bálsamo de consuelo aquel, y qué suavemente caía en las dolorosas llagas, que en el Corazón despedazado de Jesús abrió la terrible agonía de Sangre!

Después del ángel ¡cuánto debió alentarle y confortarle esta recogida e íntima Hora Santa de su Madre! (*Pausa*).

IV

¡Oh, Jesús! No todo ha de ser triste y tétrico en las soledades perpetuas de tus Sagrarios-Getsemanís. Ahí, si almas soñolientas duermen a tu lado, si conspiradores ocultos y perseguidores manifiestos te acechan por doquier, también almas fidelísimamente amantes te acompañan en devota «vela y oración». ¡Oh si, Jesús de Getsemaní, Jesús del Sagrario no estás solo en tus abandonos. Mira, Señor; vuelve tus ojos a la soledad de tantos claustros... a los escondidos «retiros» de la Alianza, a muchos improvisados Cenáculos, en medio del mundo. Tu Madre Virgen, y hasta la Magdalena penitente tienen aquí, siguiéndote a través de los tiempos, continuadoras de su misión consoladora; almas vírgenes y almas castas y penitentes, que oran y velan a tu lado, cuando muchas

perezosas duermen y otras conspiran con odio.

Vuelve, Jesús, Maestro divino, a estos corazones, vuelve tus ojos a esta asamblea de almas consagradas a Ti por una Alianza de pureza, de amor y de sacrificio; ellas, en medio de la corrupción del mundo, velan solícitas en los Getsemanís de sus Parroquias; ellas velan y oran hoy aquí en solemne Hora Santa.

Recuerda, Jesús, a tu Madre... ¡Somos sus hijos de predilección, y su misión de desagravio la cumplimos hoy y la cumpliremos hasta el fin. Mientras vivas en ese Sagrario-Getsemaní nosotras seguiremos en vela a tu lado; sí, estaremos Contigo. *¡Jesús no te vayas...!*

(Respuesta).- *¡Señor quédate con nosotros!*

Aun cuando Pedro, Juan y Santiago y muchos de los que en su lugar y nombre te acompañan hoy por especial misión en tus

altares, te sean descuidados, perezosos e ingratos... *¡Jesús no te vayas...!*

(Respuesta).- *¡Señor quédate con nosotros!*

En los mismos claustros ¡oh dolor! duermen alguna vez los tuyos en noche tibia, y tu morada entre sus propios muros está convertida en triste Getsemaní... ¡Qué desengaño! Pero no, *¡Jesús, no te rayas!*

(Respuesta).- *¡Señor quédate con nosotros!*

Muchas son las almas, que hasta el Cenáculo se precian de ser tus fieles discípulas; pero que te abandonan a la entrada de Getsemaní al encontrarse con el sacrificio y el vencimiento costoso y difícil, dejándote sólo y desamparado...; más *¡oh Jesús, súfrelo... y no te vayas!*

(Respuesta).- *¡Señor quédate con nosotros!*

Es más. Verás muchas veces alrededor de Ti una triste soledad; tu templo

desierto; tu mesa divina vacía, o a lo más frecuentada por almas indiferentes, irreverentes, mundanas y... tal vez sacrílegas. ¡Oh, ten paciencia! ¡Jesús, no te vayas!

(Respuesta).- ¡Señor quédate con nosotros!

Y que cuando veas a tu lado a un «pueblo que sólo te alaba con los labios y su corazón está lejos de Ti»; que hace alarde de un culto vano, sin piedad, de puro espectáculo, sin espíritu, sin alma, sin vida; cuando te veas solo, rodeado de un pueblo que no te siente, ¡Oh, espera, Jesús, no te vayas!

(Respuesta).- ¡Señor quédate con nosotros!

Te diré más, Señor. Cerca de Ti verás nuevas sinagogas de falsos fariseos; conspiradores ocultos, disfrazados acaso con librea de apóstol, que, en secretos conciliábulos, traman contra tu divina

realiza y contra la Santa Iglesia que Tú has fundado. Pero, Señor, Tú eres nuestro Rey. *¡Oh Jesús, no te vayas!*

(Respuesta).- *¡Señor quédate con nosotros!*

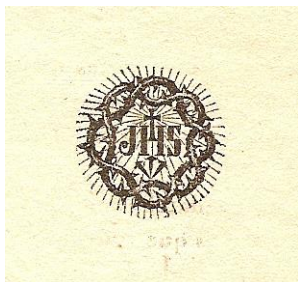
Permíteme todavía... Si, en abierta persecución lanza al campo el demonio sus huestes infernales, y tu templo queda convertido en montón de ruinas y tus altares en pavesas, tus sacerdotes son crucificados, tus vírgenes profanadas, tu sacramento enterrado entre ruinas...; todavía habrá almas ocultas que te digan: *¡Jesús, no te vayas!*

(Respuesta).- *¡Señor quédate con nosotros!*

¡Oh sí, quédate! Siempre habrá en el mundo almas que quieran estar contigo, y tú, Señor, debes estar con ellas. ¡Quédate, porque ellas te seguirán al Cenáculo, al Huerto, a Getsemaní; en la calle de la Amargura, en el Calvario, en el Sepulcro!

¡Quédate, Jesús, porque ellas estarán contigo en el templo destruido, en el Sagrario profanado, en la prisión, en la checa y en el martirio por tu amor!

¡Quédate, Señor! ¡Quédate con nosotros...! Para que nosotros estemos contigo ahora y eternamente. Así sea.





VITORIA

IMP., LIB. Y ENC. DEL MONTEPIÓ DIOCESANO

SAN ANTONIO, 10

